

POBLACIONES DEL LIBANO.

LOS MARONITAS.

Los primeros tiempos de la historia de los maronitas están rodeados de tinieblas. Tienen pocos libros, y esos sin crítica ni comprobación;—sin embargo, como es preciso creer lo que un pueblo sabe de sí mismo, mas bien que las vanas especulaciones del viagero, veamos lo que resulta de sus propias historias. Hacia el año 400 vivia un santo solitario llamado Marron; Teodorico y San Crisóstomo hacen mencion de él. Marron habitaba el desierto, y sus discípulos, habiéndose dispersado por las diferentes regiones de la Siria, construyeron en ellas diferentes monasterios, el principal de los cuales estaba en las cercanías de Apamea, en las fértiles márgenes del Oronte. Todos los cristianos siriacos que no estaban entonces infestados por la heregía de los monatélitas se refugiaron al rededor de aquellos monasterios, y de esta circunstancia recibieron el nombre de maronitas. Volney, ue vivió algunos meses entre ellos, recogió las

mejores noticias sobre su origen, noticias muy semejantes á estas que yo doy y que he sacado de las tradiciones locales. Como quiera que sea, los maronitas forman en el dia un pueblo gobernado por la mas pura teocracia que ha resistido jamas al tiempo; teocracia que, amenazada sin cesar por la tiranía de los musulmanes, ha tenido que conservarse moderada y protectora, y ha dejado germinar principios de libertad civil, prontos á desarrollarse en aquel pueblo. La nacion de los maronitas que, segun el testimonio de Volney, constaba en 1784, de ciento veinte mil almas, consta hoy de mas de doscientas mil y aumenta diariamente. Su territorio tiene ciento cincuenta leguas cuadradas; pero ese territorio no tiene mas que unos límites arbitrarios; estiéndose sobre las vertientes del Líbano por los valles ó las llanuras que le rodean, á medida que la poblacion va fundando nuevas aldeas. La ciudad de Zharklé, en la embocadura del valle de Bka, enfrente de Balbek, que contaba apenas de mil á mil doscientas almas hace veinte años, cuenta ahora de diez á doce mil, y tiende á aumentar por dias.

Los maronitas están sometidos al emir Beschir, y forman, con los drusos y los metualis, una especie de confederacion despótica, bajo el gobierno de aquel emir. Aunque los miembros de estas tres naciones difieren en origen, religion y costumbres, y casi nunca se confunden en las mismas aldeas,

el interes de la defensa de una libertad comun y la mano robusta y política del emir Beschir los retienen en un solo cuerpo: sus numerosos habitantes cubren el espacio comprendido entre Latakié y S. Juan de Acre, por una parte, y Damasco y Berut, por otra. Luego hablaré separadamente de los drusos y de los metualis.

Los maronitas ocupaban los valles mas centrales y las cordilleras mas elevadas del grupo principal del monte Líbano, desde las cercanías de Berut hasta Trípoli de Siria. Las faldas de esas montañas, que bajan hácia el mar, son fértiles y están regadas por numerosos rios é inagotables cascadas; en ellas recogen seda, aceite, cebada y trigo; las alturas son casi inaccesibles, y por todas partes la roca pelada hiende las laderas de aquellas montañas; pero la infatigable actividad de este pueblo, que no tenia asilo seguro para su religion, sino detras de aquellos picos y de aquellos precipicios, ha hecho fértil hasta el mismo peñasco:—de piso en piso, hasta las últimas crestas, hasta las nieves eternas, ha levantado tapias de terrados,—formadas con pedazos de roca rodadiza:—á aquellos terrados ha llevado la poca tierra vegetal que arrastraban las aguas á las quebradas, ha machacado la piedra misma para fecundizar su polvo mezclándole con aquel poco de tierra, y así ha hecho del Líbano todo entero un huerto cubierto de moreras, de higueras, de olivos y de cereales:—el viagero no

acierta á reponerse de su asombro cuando, despues de haber trepado dias enteros por las paredes casi perpendiculares de las montañas, que no son mas que una inmensa roca, halla de repente, en las honduras de una elevada garganta, ó en la meseta de una pirámide de montañas, una linda aldea de piedras blancas, poblada de una numerosa y rica poblacion, con un castillo moruno en medio, un monasterio á lo lejos, un torrente que arrastra su espuma al pié de la aldea, y todo en derredor un horizonte de vegetacion y verdura, donde los pinos, los castaños y las moreras dan sombra á las viñas ó á los sembrados de maiz y de trigo. Esas aldeas están á veces suspendidas unas sobre otras casi perpendicularmente; se puede tirar una piedra de una aldea á otra; de una á otra se pueden hablar dos personas, y sin embargo el declive de la montaña ecsige tantas revueltas y recodos para trazar en ella el sendero de comunicacion, que se necesita una hora ó dos para pasar de un pueblo á otro.

En cada una de aquellas aldeas se halla un jeque, especie de señor feudal que ejerce la administracion y la justicia, del pais; pero esa administracion y esa justicia, ejercidas sumariamente y en meras atribuciones de policia por los jeques, no son absolutas ni sin apelacion. La alta administracion pertenece al emir y á su divan: la justicia le compete en parte al emir, en parte á los obispos:

—siempre hay contencion entre el emir y la autoridad eclesiástica: el patriarca de los maronitas conserva él solo la decision de todos los casos en que la ley civil está en competencia con la ley religiosa, como los matrimonios, dispensas, separaciones &c. El príncipe tiene que guardar los mayores miramientos con el patriarca y los obispos, porque la autoridad del clero sobre los ánimos es inmensa. Ese clero se compone del patriarca elegido por los obispos, confirmado por el papa, y de un legado del papa enviado de Roma, y residente en el monasterio de Antura ó de Kanubia;—de los obispos, de los superiores de los monasterios y de los curas. Aunque la Iglesia romana ha conservado severamente la ley del celibato de los sacerdotes de Europa, y aunque muchos de sus escritores afectan ver una ley de dogma en ese reglamento de su disciplina, ha tenido que ceder sobre este punto en Oriente; y bien que celosos y fervientes católicos, los sacerdotes son casados entre los maronitas. Esta facultad del casamiento no se estiende á los mnges que viven en comunidad, ni á los obispos; el clero secular y los curas son los únicos que usan de este privilegio. La reclusion en que viven las mugeres árabes, la sencillez de las costumbres patriarcales de aquel pueblo, y la costumbre, quitan todo inconveniente à este uso del clero maronita; y lejos de que haya perjudicado, como algunos afectan sostener, á la pureza de las costumbres sacer-

dotales, al respeto de las poblaciones hácia el ministro del culto, ó al precepto de la confesion, puede decirse con verdad que, en ningun pais de Europa, es el clero tan puro, tan venerable y poderoso sobre el ánimo del pueblo, ni está tan exclusivamente encerrado en los límites de su piadoso ministerio, como en este pais. El que quiera tener á la vista lo que la imaginacion se figura de los tiempos del cristianismo naciente y puro; el que quiera ver la sencillez y el fervor de la fé primitiva, la pureza de las costumbres, el desinterés de los ministros de la caridad, la influencia sacerdotal sin abusos, la autoridad sin dominio, la pobreza sin mendicidad, la dignidad sin orgullo, la oracion, las vigiliass, la sobriedad, la castidad, el trabajo manual, que vaya al pais de los maronitas. El mas rígido filósofo no hallará una reforma que hacer en la ecsistencia pública y privada de aquellos sacerdotes, los modelos, los consejeros y los siervos del pueblo.

Sobre doscientos monasterios maronitas, de diferentes órdenes, ecsisten en el Líbano, poblados por veinte ó veinticinco mil monges; pero estos monges no son ricos, ni mendicantes, ni opresores, ni sanguijuelas del pueblo:—son unas reuniones de hombres sencillos y laboriosos que, queriendo consagrarse á una vida de oracion y de libertad de espíritu, renuncian à los cuidados domésticos, y se

consagran á Dios y á la tierra en uno de aquellos retiros. Su vida, como ya dejo referido, es la vida de un labrador laborioso: cuidan del ganado ó de los gusanos de seda, rajan las peñas, construyen con sus propias manos las tapias de los terrados que forman sus tierras de labor, cavan, aran, riegan. Los monasterios poseen poco terreno y no reciben mas monges que los que pueden mantener. Mucho tiempo he habitado entre este pueblo, he frecuentado muchos de estos monasterios y nunca he oido hablar de un escándalo ocasionado por estos monges. No se oye entre ellos un murmullo; cada monasterio no es mas que un pobre cortijo cuyos servidores son voluntarios, y no reciben por único salario mas que un asilo, un sustento de anacoreta y las oraciones de su Iglesia. El trabajo útil es hasta tal punto la ley del hombre, es hasta tal punto la condicion de la felicidad y de la virtud en este mundo, que no he visto uno solo de aquellos solitarios que no llevase estampadas en el rostro la paz del alma, la alegría y la salud. Los obispos ejercen una autoridad absoluta sobre los monasterios que se hallan en su jurisdiccion:—estas jurisdicciones son muy limitadas, pues cada pueblo grande tiene su obispo.

El pueblo maronita, ya descienda de los árabes, ya de los sirios, participa de todas las virtudes de su clero y forma un pueblo aparte en todo el Oriente:—parece una colonia europea arrojada por la

casualidad en medio de las tribus del desierto: su fisonomía, sin embargo, es árabe; los hombres son altos, bizarros: su mirada tiene una espresion de franqueza y altivez, de talento y de dulzura; tienen los ojos azules, la nariz aguileña, la barba rubia, un noble continente, una voz grave y gutural, unos modales corteses sin bajeza:—su trage es espléndido y sus armas riquísimas; cuando uno atraviesa una aldea, y ve al jeque sentado á la puerta de su castillo almenado, con sus hermosos caballos trabados en el patio, y rodeado de los principales vecinos del pueblo, vestidos con sus ricos albornoces, con sus fajas de seda encarnada llena de puñales y de alfanges con puños de plata, tocados con un inmenso turbante de telas de varios colores, con un ancho velo de seda carmesí cayendo sobre el hombro, cree uno ver un pueblo de reyes:—quieren á los europeos como á hermanos:—estàn unidos á nosotros por el lazo de la comunidad de religion, el mas poderoso de todos: creen que los protejemos por medio de nuestros cónsules y de nuestros embajadores contra el despotismo de los turcos:—reciben en sus pueblos á nuestros viajeros, á nuestros misioneros, á nuestros jóvenes intérpetres, que van á estudiar la lengua árabe, como se recibe á unos parientes lejanos en una familia; el viajero, el misionero, el joven intérpetre son el huésped querido de toda la comarca. Se le hospeda en el monasterio ó en casa del jeque, se le suministra con

abundancia cuanto produce el pais; se le lleva á la caza de altanería; se le introduce con confianza hasta en la sociedad de las mugeres; se le habla con respeto; se forman con él vínculos de amistad que nunca se rompen, y cuyo recuerdo trasmiten á sus hijos los padres de familia. No dudo que si este pueblo fuera mas conocido, si se visitara con mas frecuencia el magnífico pais que habita, muchos europeos irian á establecerse entre los maronitas:—belleza de sitios, admirable perfeccion del clima, moderacion de los precios de todas las cosas, analogía de religion, hospitalidad de costumbres, seguridad y sosiego individual, todo contribuye á hacer desear la residencia entre este pueblo; y yo por mí, si el hombre pudiera desarraigarse enteramente, si no debiera vivir donde la Providencia le ha indicado su cuna y su sepultura para servir y amar á sus compatriotas; si el destierro involuntario se abriese algun dia para mí, en ninguna parte me pareceria mas dulce que en una de estas pacíficas aldeas de maronitas, al pié ó en las faldas del Líbano, en medio de una poblacion sencilla, religiosa; buena, con la vista del mar y de las altas nieves, bajo la palmera ó el naranjo de unos de los huertos de estos monasterios. La mas admirable policia, resultado de la religion y de las costumbres mas que de ninguna legislacion, reina en toda la estension del pais habitado por los maronitas; de dia como de noche se puede viajar

por él, solo y sin guia, sin temor de robos ni violencias; los crímenes son aquí casi desconocidos; el estrangero es sagrado para el árabe mahometano, pero mas aún para el árabe cristiano: su puerta le está franca á todas horas, y nunca deja de agasajarle como á un amigo.

En todos los pueblos hay una iglesia ó una capilla, en la que se celebran las ceremonias del culto católico en la forma y la lengua siriacas: al llegar al Evangelio el sacerdote se vuelve á los asistentes y les lee el Evangelio del dia en árabe. Las religiones que duran mas que las razas humanas, conservan su lengua sagrada cuando los pueblos han perdido las suyas.

Los maronitas son valientes, y naturalmente guerreros como todos los montañeses; álzanse en número de treinta ó cuarenta mil hombres, á la voz del emir Beschir, ya para defender los caminos inaccesibles de sus montañas, ya para bajar al llano y hacer temblar á Damasco ó á las ciudades de la Siria. Nunca los turcos osan penetrar en el Líbano cuando estos pueblos están en paz entre sí; los bajás de Acre y de Damasco nunca han ido á él sino cuando discusiones intestinas los llamaban en auxilio de uno ú otro partido.—No sé si me engaño; pero creo que acaso le está reservado un gran destino á ese pueblo maronita, pueblo vírgen y primitivo por sus costumbres, su religion y su de-

nuedo; pueblo que tiene las virtudes tradicionales de los patriarcas, la propiedad, un poco de libertad, mucho patriotismo, y que, por la semejanza de religion y las relaciones de comercio y de culto, se impregna cada dia mas de la civilizacion occidental. Mientras que todo perece en torno suyo por impotencia ó decreptitud, él solo parece que rejuvenece y adquiere nuevas fuerzas; á medida que la Siria se vaya despoblando, él bajará de sus montañas, fundará ciudades de comercio en las orillas del mar, cultivará los fértiles llanuras que hoy no pertenecen mas que á los chacales y á las gacelas, y establecerá un dominio nuevo en aquellas regiones donde espiran los antiguos dominios; si aun ahora mismo se levantase de entre ellos un hombre de gran cabeza, ya de las filas del clero omnipotente, ya del seno de una de aquellas familias de emires ó de jeques á quienes veneran; si comprendiese el porvenir, y formase alianza con una de las potencias de Europa, fácilmente renovaría las maravillas de Mehemet-Alí, bajá de Egipto, y dejaría en pos de sí el verdadero gérmen de un imperio de Arabia.

La Europa está interesada en que se realice este voto, con lo que tendría una colonia en aquellas hermosas orillas, y la Siria, poblándose con una nacion cristiana é industriosa, enriquecería el Mediterráneo con un comercio hoy en suma decaden

cia, abriría el camino de las Indias, rechazaría á las tribus nómades y bárbaras del desierto y reavivaría el Oriente; mas porvenir hay allí que en Egipto. El Egipto no tiene mas que un hombre, y el Líbano tiene un pueblo.

LOS DRUSOS.

Los drusos que, con los metualis y los maronitas, forman la principal poblacion del Líbano, han pasado mucho tiempo por ser una colonia europea, dejada en Oriente por los cruzados; pero esto es absurdo. Lo que mas tiempo se conserva entre los pueblos es la religion y la lengua, y los drusos son idólatras y hablan el árabe,—luego no descenden de un pueblo franco y cristiano:—lo mas probable es, que son, como los maronitas, una tribu árabe del desierto que, habiendo rehusado adoptar la religion del profeta y perseguida por los nuevos creyentes, se refugiaria en las soledades inaccesibles del alto Líbano para defender en ellas sus dioses y su libertad. Han prosperado; muchas veces han tenido un predominio sobre las poblaciones que habitan con ellos la Siria, y la